

CORA CUADRADA, ESTHER GUTIÉRREZ (Eds.)

Les dones als orígens de Torreforta.

Tarragona: Cercle d'Estudis Històrics i Socials «Guillem Oliver», 2014.
272 pàgines

Si comenzara este escrito alejado de la obra que nos ocupa, dejaría de ser una reseña. Pero si me alejo de eso que soy, de mis experiencias, de mis pensamientos y de lo que supone para mí escribir acerca de este libro, entonces dejaría de ser una reseña de *Les dones als orígens de Torreforta*.¹

En un contexto académico, a la hora de publicar un escrito, suelen resolverse con sobrada satisfacción las preguntas que interrogan por el *qué* y el *cómo*. Sin embargo, pese a la ampulosa retórica científica u objetivista, rara vez me complacen las respuestas al *por qué* y al *para qué*, y mucho menos cómo se inscribe el *quién* en estas cuestiones. Hemos aprendido a alejarnos del objeto de estudio para garantizar una objetividad y rigurosidad determinadas, o, dicho de otra manera, asumimos como deseable la negación del sujeto que escribe.

La primera objeción que me gustaría tratar consiste, simplemente, en preguntarnos si es eso posible. ¿Somos capaces de sustraernos de aquello que miramos? ¿Es posible encontrar el lenguaje mismo de las cosas? O, mejor aún, ¿es necesario? ¿Confiere eso más valor a lo dicho? Tras describir una piedra según los parámetros de la geología actual, aunque esta ciencia haya variado notablemente en los últimos trescientos años, seguramente pocas personas se sentirán ofendidas o clamarán al cielo si hallan algún error en la descripción. Puede abrirse un debate taxonómico, si la singularidad de la piedra lo suscita, pero es improbable que de la exposición que hagamos dependan vidas o situaciones injustas o nefastas. La fenomenología que hay implícita en esta descripción, aderezada por una epistemología científica, encuentra pocos problemas políticos o sociales con los que lidiar; poner el énfasis en una visión relativista de la historia de la ciencia, poniendo de relieve cómo fueron vistas las piedras tiempo atrás, para demostrar que los saberes producen una determinada realidad, aporta una valiosa crítica epistemológica, pero la piedra, a menos que se la lancemos a la cabeza de alguien porque la comunidad científica decide que a partir de hoy son blandas, no nos incumbe de la misma manera cómo lo hace la descripción de un movimiento obrero reciente. Cuánto más nos acercamos a los temas sociales, más difícil resulta preguntarse si la pretendida objetividad no es, de forma velada, una manera de despolitizar lo social.

*Les dones als orígens de Torreforta*² demuestra que es posible —o incluso deseable— acercarnos a una realidad sin renunciar a la subjetividad ni, con ella, a la rigurosidad. Es más, echando mano de Haraway, cuanto más se sitúe fenomenológicamente el sujeto en su propio texto, más fácil resulta entender aquello que describe (Haraway, 1991: 313-346). Permite a la lectora o lector simpatizar o disidir con las ideas de la

1 Un título aproximado en lengua castellana podría ser «Las mujeres en los orígenes de Torreforta».

2 En adelante la obra quedará abreviada de la siguiente manera: *Les dones...*, seguido del número de la página si la cita lo requiere.

obra sin tener que decapar las toneladas de retórica objetiva que dificultan una lectura crítica. En todo texto hay un hecho social primario, que no es otra cosa que la existencia de la persona o personas que escriben, de sus experiencias, de sus inquietudes, de sus emociones o dudas, y negarlas, solamente estira con laca los rulos, los presenta tonsurados y bien dispuestos para que veamos la vida como piedras calizas con indiscutibles trazas de hematita.

Desde la universidad, cuando cursaba tercero de psicología, me pregunté en repetidas ocasiones qué sentido tenía deshacerse de uno y aprender a mirar y a hablar desde un lugar neutral. Donde neutral quería decir desafectado, distante, insulso, preciso pero reduccionista. Sentía con fuerza este rechazo hacia el método científico por tratarse del comportamiento humano, y quizá, aunque desacertadamente, no hubiera reparado en todo esto si hubiera estudiado otra cosa, física, por ejemplo. Recuerdo que un día, mientras leía el manual de fisiología de la conducta, me topé con la frase: «Una anomalía genética indica que los órganos sexuales femeninos no son necesarios para el desarrollo del sistema de Müller. Este hecho es responsable del dicho según el cual el impulso de la naturaleza es crear hembras». Tal vez mis reticencias a ser explicado según términos ajenos a la opinión, a la discusión y el debate, nacieran algo antes, pero el impacto que supuso para mí leer estas líneas en un manual «serio», que se vende como churros, desde luego dejaron una huella importante en este camino que sigo recorriendo hasta hoy, mientras escribo la reseña de este libro.

No se trata de pensar que cada una/o vive en su mundo, mi intención no es hacer una apología al solipsismo, porque no hay mundo ni percepción sin un lenguaje que se forje en la relación, se trata simplemente de entender que la experiencia que tengo sobre el mundo y dentro de él es válida. La conocida frase del feminismo «lo personal es político» es también útil recordarla aquí. Acercarme al libro de Torreforta me anima a pensar mi propio barrio y no a esperar que un/a erudito/a (socióloga/o, antropóloga/o, o historiador/a) hable sobre él para poder opinar o conocer. La indudable ventaja de reconocer la subjetividad necesariamente presente en cualquier texto, saber u opinión, es que coloca a la misma lectora o lector en una posición activa frente al conocimiento. Puedo equivocarme, disentir, congeniar, pero sea como sea, mi opinión, configurada a través de eso que devenimos, está ahí y es legítima. Recuperar esta noción del saber nos ayuda también a reconocernos mutuamente como agentes capaces de conocer y, por lo tanto, de transformar lo que nos rodea.

Leer la manera en que las mujeres defendieron sus derechos laborales, escuchar los testimonios que relatan cómo se resistieron a la aculturación franquista del cuerpo o comprender la ambivalencia del cura del barrio sobre cómo luchar contra la pobreza (sin caer en visiones frívolas sobre el posicionamiento eclesiástico de la iglesia durante el franquismo), sacude algunas de mis convicciones. Para empezar, gracias a la pormenorizada descripción que ofrece el libro sobre la educación franquista que recibieron las mujeres, surtida de valiosísimos testimonios, he podido comprender mucho mejor a mi madre cuando me hablaba de la escuela, de las monjas, de sus maestras y de sus padres; he podido entender por qué se le encoge el corazón, pierde las formas e incluso su espléndida capacidad de argumentar, cada vez que me recuerda cuán horrible era la educación entonces.

Yo, armado con Foucault, compañero de viaje durante algunos años, la acusaba de desmerecer fórmulas más sutiles del poder y atenerse únicamente a los mecanismos clásicos de la represión. Le decía que hoy en las escuelas el «malo» ya no es el profesorado, solamente lo son aquellos niños y aquellas niñas que no quieren seguir sus *amables* propuestas; y argüía que en su época escolar, por lo menos, el odio podía canalizarse hacia los adultos cuya acción represiva era clara. Sin embargo, aunque seguramente ambas partes aportaran algo de luz a los mecanismos de poder franquista y actuales, yo no sabía reconocer en la parquedad de sus palabras la honda herida que supuso para ella vivir (en) esa educación. Este libro ha puesto los argumentos que mi madre solo podía balbucear entre improprios.

Les dones als orígens de Torreforta nos acerca a la historia de un asentamiento obrero situado en las afueras de Tarragona y fruto de la migración forzada. Sus capítulos nos permiten descubrir las reivindicaciones que sus protagonistas llevaron a cabo entre los años 50 y los 80, nos revelan también el impacto que sobre las mujeres tuvo la educación religiosa recibida, especialmente en la manera de comprender sus cuerpos y su sexualidad. Nos adentra en las estrategias urbanísticas que, revestidas de buenas intenciones, perseguían otras mucho menos afortunadas. El trabajo femenino, negado habitualmente por la estadística y la historiografía androcéntrica, queda perfectamente retratado en esta obra y nos anima a comprender cómo este pudo negociarse con el cuidado de los hijos y de las hijas, cómo se insertaban en la cotidianidad y cómo la solidaridad entre las mujeres permitía el milagro de la vida en condiciones nefastas. Por otro lado, el papel de la iglesia, por un lado tan afín al régimen y con un afán marcadamente patriarcal, se discutía con algunas posturas críticas de los párrocos de las iglesias locales. Las estrategias de legitimación son ambivalentes y a menudo los colectivos marginales, como atestigua la alianza entre los párrocos y el barrio, usan inteligentemente símbolos propios del orden establecido para legitimar sus vindicaciones (Juliano, 1992).

El primer capítulo es una exhaustiva defensa de un posicionamiento feminista poco convencional en contextos académicos e incluso minoritarios dentro del propio movimiento feminista. Por eso son necesarias treinta páginas para hablar del método y la metodología utilizada; para justificar la inclusión del sujeto dentro de la propia explicación sin convertirlo en alguien ajeno a la realidad explicada; para entender que hablar de algo implica un compromiso, por eso este capítulo puede considerarse un referente para aquellas personas que deseen lanzarse a una aventura similar desde las ciencias sociales. Desgraciadamente, pese al notable esfuerzo de las escritoras, todavía es difícil deshacerse de la retórica académica al uso, y en algunos capítulos posteriores este afán queda reducido a algunas líneas finales. Aprender a hablar y pensar de otra manera es una tarea ardua que se suma al ya difícil trabajo de la historiadora e historiador para encontrar y analizar la documentación necesaria. Esfuerzos como este tienen el mérito de traducir unos ideales, que a menudo se extinguen en disertaciones eruditas —imprescindibles pero insuficientes, hacia campos de la investigación aplicada. Solo será posible avanzar en este sentido con empeños como este, de los que se sigan otros que profundicen y mejoren la aplicación de estas metodologías.

Por poner un ejemplo historiográfico, en un mundo donde el documento escrito es una de las pocas fuentes legítimas para hablar del pasado, la oralidad es un

terreno víctima del ninguneo, como mucho respetada cuando se habla del presente, y a menudo sucede únicamente desde enfoques antropológicos o sociológicos. La razón no es solamente una cuestión de volumen, no obedece solamente a la inexistencia o exigüidad de grabaciones previas al siglo xx, se trata de una tradición historiográfica amiga del clasismo o del androcentrismo. Que la vida escrita sea masculina, etnocéntrica y de las clases acomodadas debería ser un argumento suficiente para preguntarnos si su estudio basta para hacer una radiografía de una época (o si es útil si quiera para hablar de lo *importante*. ¿Qué es importante?). Existen cuentos que se han transmitido de generación en generación, canciones populares, e incluso obras literarias menores que recogen situaciones cotidianas mucho más cercanas a la vida de la mayoría de la gente y, sin embargo, rara vez los encontramos en los libros de historia. El texto escrito parece más cercano a la piedra del geólogo, como si este nos arrimara más a una realidad objetiva (¿es posible entender un texto sin comprender la mentalidad de una época?!). Cuanta mayor sea la exégesis de la investigadora, menos rigor y credibilidad parece tener su narrativa. No es casual la coincidencia entre esta estética epistemológica y la primacía masculina. Afortunadamente, las escritoras de este libro no han querido caer en este error.

Otra tendencia historiográfica habitual consiste en centrarse en los núcleos de poder o en los colectivos visibles y organizados según estructuras convencionales, con el fin de explicar los cambios sociales de mayor relevancia. La sociología crítica lleva tiempo diciendo que las transformaciones sociales con frecuencia llegan desde los márgenes, solo que la porosidad con que penetran entre los grupos dominantes o normalizados explica su rápida, violenta o resistida transformación; sin embargo, cuando se trata de explicar *a posteriori* estos acontecimientos, la mirada histórica inicia su observación después de que esa semilla haya germinado ya entre los grupos sociales más incluidos, norma(liza)dos o poderosos. Mientras las mujeres de muchos barrios marginales se movilizaron para conseguir colegios, mercados, servicios mínimos y viviendas dignas, el manual de historia al uso se maravilla con la Ley General de Educación de 1970 o con la reforma socialista de 1990.

Lejos de tratarse de grupos sociales desorganizados e incivilizados, como parecían retratarse en la época, fueron personas, sobre todo mujeres, las que llevaron a cabo una larga reivindicación que persiguiera unas condiciones de vida dignas. El ejemplo de Torreforta es, probablemente, un caso extensible a muchos otros barrios poco estudiados de Catalunya y de la península en general. Que las políticas de integración elaboradas por el franquismo y secundadas en la democracia se centraran en trasladar a la población que vivía en chabolas a bloques de pisos, no fue una casualidad. Como se demuestra en el capítulo 2, el interés en construir un chabolismo vertical consistía más en fragmentar la solidaridad y la organización reivindicativa que se había tejido en estos núcleos poblados que en ofrecer unas condiciones dignas para la población. Una estrategia que tiene capítulos muy recientes, como es el caso del desaparecido Can Tunis de Barcelona.

Recuerdo que cuando era pequeño estaba subrepticamente prohibido ir a la Masía Espinós, un barrio gitano y marginal, situado a las afueras del pueblo donde nací y crecí, Gavá, a unos veinte kilómetros de Barcelona. Se decía que era un barrio sin retorno, a menos que fueras a comprar droga o conocieras a alguien

que te invitara. Parece que la introducción de la heroína en los años 80 fue una maniobra bastante habitual para mantener y justificar el estigma que pesaba sobre aquellos barrios que no quisieron adaptarse a los modelos urbanísticos o políticos dominantes. Se decía también que los cerdos y las gallinas convivían en las escaleras de sus chabolas verticales: la barbarie parecía revivir en la mitología urbana. Solamente una carretera conducía a ese barrio, y en su comienzo había una señal de tráfico que advertía: «prohibida la circulación excepto vecinos». No había vuelto a pensar sobre este barrio hasta la lectura de este libro y, desde hoy, me siento comprometido a revisar mis creencias, prejuicios y tergiversaciones históricas que sobre él aun albergo. Estoy seguro que la lectora o lector de este libro sentirá con fuerza el deseo de revisar esa calle, plaza o barrio prohibidos que asumió intransitables o peligrosos cuando era pequeña. Es probable que su historia tenga algo que ver con Torreforta.

Muy probablemente, los efectos de leyes como la Ley de Vagos y Maleantes, refrita en 1970 como Ley sobre Peligrosidad y Rehabilitación Social, se encargó de acentuar las hostilidades entre sectores empobrecidos de la población frente a las familias «de bien», empañando con ello las luchas por la defensa de derechos básicos que tuvieron lugar en estos barrios (o asentamientos) gracias a las cuales —al menos parcialmente— hoy día disponemos de salud y educación gratuita y universal.

Una vez situados sobre el terreno, conocedores de la singularidad migratoria y de las condiciones sociales, económicas y políticas del barrio, el libro nos invita a profundizar sobre el substrato religioso que impregnaba la sociedad de la época. Pero la lectura que nos propone no solamente nos muestra el carácter represor o censor de la Iglesia, como ya mencioné más arriba, también nos retrata los movimientos católicos obreros, los cuales, bajo la legitimidad que el propio régimen daba a la Iglesia, pudieron actuar de un modo ambivalente, a ratos incluso en favor de los derechos sociales de las poblaciones más desfavorecidas. Sin desmerecer el papel de la Iglesia en la construcción del miedo, la garantía de control social y el lavado de cerebro, hubo excepciones, a menudo personalistas, que se tradujeron en curas y monjas más o menos de izquierdas que apoyaron movilizaciones y protegieron a parte de la ciudadanía de la represión franquista.

Esta parte del libro, dedicada a los movimientos religiosos y a su papel dentro del barrio de Torreforta, concluye con la inclusión de la propia autora del capítulo en la historia del barrio. Anna Moya vivió a principios del siglo XXI en Torreforta, durante una década cuya memoria resulta difícil de conciliar con las narrativas reivindicativas que nutren las páginas precedentes. Su mano temblorosa nos acerca a una investigadora que ve cómo esos tiempos de lucha parecen haber desaparecido, un tiempo en el que algunos de los hijos e hijas de las mujeres y hombres que lucharon en aquellas décadas pasadas, blanden hoy banderas fascistas. Muy probablemente la misma lucha sigue existiendo, aunque en otros términos menos evidentes y mezclada con exaltaciones menos afortunadas y desmemoriadas, pero no hay duda que Anna Moya pone en tensión los relatos de una época con los suyos propios de una forma muy emotiva y poco común en un libro de historia. Y es de agradecer.

Como era evidente —y no por ello debía de dejarse de lado, la educación se encargó de inculcar los valores más recalcitrantes de la religión católica y los principios fascistas de régimen. Aunque en el capítulo anterior podíamos comprobar

que algunos eclesiásticos anduvieran al lado de la población, el siguiente nos recuerda cuán profunda fue la cicatriz católica sobre el cuerpo y la mentalidad (muy especialmente la femenina). Y, como contrapartida, se aleja de las posiciones victimizadas de las mujeres para rescatar los ejercicios creativos y de resistencia que, dentro de este estrecho y vigilante escenario, permitieron descubrir, conocer y desear más allá de sus angostos límites.

La «exaltación del patriarcado y la glorificación de la maternidad» fueron los ejes vertebradores de un programa nacional-católico que calaría bien hondo en las representaciones de género de las que a día de hoy aún somos deudores. «Cada cosa en su sitio. Y el de la mujer no es el foro, ni el taller, ni la fábrica, sino el hogar, cuidado de la casa y de los hijos, y de los hábitos primeros y fundamentales de la vida volitiva y poniendo en los ocios del marido una suave lumbre de espiritualidad y amor» [*Les dones...*: 139]. Una cita muy bien elegida, como tantas otras que hallarán en el capítulo, y que muestran con claridad el lugar esperado de la mujer así como su papel vigilante en cuanto a las cuestiones del hogar y de la religiosidad y moralidad del marido. Eso sí, con la segunda mejilla siempre dispuesta.

El propio recorrido legal al que una mujer podía aspirar parecía un campo minado si su intención era, por ejemplo, llegar a la universalidad. Las actividades para preservar la adecuación conductual a su género, según el régimen fascista y católico, era todo lo opuesto al crecimiento intelectual. Ya en secundaria las labores ocupaban buena parte de su actividad escolar. «Los hombres se formaban para la vida pública y las mujeres para la familia» [*Les dones...*: 142]. Y si no bastaba con inculcar un buen manual de instrucciones de género, en alusión al concepto católico de familia, el régimen no dudó en echar mano de la biología. En lo que parece una clara recuperación de la vieja frenología, que justificaba las capacidades o los déficits según parámetros anatómicos, el ABC publicó, en 1943, que el estudio de volúmenes y manuales suponía «un trabajo mental para ellas excesivo, que roba riego sanguíneo a regiones orgánicas fundamentales para su porvenir de mujeres.» [*Les dones...*: 144]

A lo sumo, lo que una mujer podía entresacar de los manuales de buenos modales escritos *ad hoc*, como la *Guía de la buena esposa*, era todo lo que *no* debía hacer y el peligro —casi demoníaco— de salirse de las reglas basadas en el pudor y el recato. El resto corría a cargo de la bondad, el conocimiento y los espacios comunes que las comunidades de mujeres pudieran preservar al margen de las instituciones. «Yo me acuerdo el día que tuve la regla, iba a cumplir catorce años [...]. Me fui a mi casa llorando [...] porque creí que me desangraba. Otras pensaron que con un beso podían quedarse embarazadas». Se trata de un capítulo que nos acerca a la vivencia de nuestras madres³ o abuelas por medio de la memoria viva de las mujeres que miran hoy, sin miedo, su experiencia del ayer.

3 Mi madre, nacida en el 57, me contó hace escasas semanas una experiencia parecida. Le había sucedido después de que un chico que le doblaba en edad, cuando apenas ella rondaba los 9, le besara y le introdujera la lengua contra su voluntad: mi madre calló y sufrió largas semanas, esperando que su barriga no la delatara. Tampoco pudo hablar con nadie del abuso, él la llevó a la fuerza detrás de unos matorrales, mi madre abrió la boca creyendo que así sortearía el beso y, en su lugar, se encontró con su lengua. Solo dos años después, con la llegada de la regla, pudo descartar las posibles consecuencias imaginadas por ella. Sin embargo, instalado el recuerdo en la frágil memoria de una sexualidad infantil proscrita, aún no ha podido olvidarlo.

Y la vida sigue, y hacerla posible a veces resulta más propio de un milagro que como resultado de las condiciones materiales. «Las mujeres de Torreforta: la sostenibilidad de la vida» es el título del penúltimo capítulo y da sobrada cuenta de otro de los numerosos esfuerzos de la obra por subrayar aspectos frecuentemente desatendidos, salvo encomiables excepciones, a menudo encorsetadas bajo el epíteto de «feministas» o enmarcados, con suerte, dentro de la historiografía social (¿alguien conoce una historia asocial? ¿Alguien (se) *reconoce* (en) la historia sin tener en cuenta las relaciones de género y las desigualdades?).

Que las mujeres han trabajado durante toda la historia de la humanidad parece ser una afirmación dudosa si hemos de ceñirnos a los manuales de historia. Ya sea por el olvido del trabajo doméstico, del cuidado de los hijos, ya por no constar en ningún registro (trabajo informal, doméstico, en negro, prostitución, etcétera), a menudo el papel de las mujeres en la economía ha sido despreciado cuando no ignorado por completo. Suele ovillarse tras la naturalizada capacidad reproductiva y cuidadora, como si de un instinto genético se tratara, parecido al parpadeo involuntario o a la respiración semivoluntaria, algo que hoy en día el discurso cotidiano revive en la forma de «instinto maternal». El capítulo en cuestión nos muestra, pieza por pieza, capa a capa, cómo se naturalizan las construcciones sociales de género y cómo se insertan en la escala de valores sociales.

Vuelvo al presente, y me parece oportuno recordar aquí el intento de reforma de la ley del aborto. Gallardón, su autor intelectual y ex-ministro de justicia, argumentaba que su propuesta es en realidad una ley «verdaderamente feminista». Afirmó que con ella se estaba respetando como nunca la genuina naturaleza de la mujer, a saber: devenir madre. En 1938, la primera Ley fundamental, el Fuero del trabajo, prometió «liberar a la mujer casada del taller y de la fábrica» [*Les dones...*: 195]. Y aunque las leyes fueron poco a poco dando más autonomía a la mujer (previo consentimiento del marido), hasta el día de hoy, momento en que de forma precipitada corremos a decir que todo eso está ya superado, nos encontramos con el techo de vidrio y con la dificultad del imaginario social de representar, verbigracia, a una ingeniera, o de pronunciar la palabra «médica», y, a su vez, nos convivimos aún con la prolífica representación femenina con que las películas o las series nos retratan a la misma ama de casa. Hoy es aún posible oír a Gallardón y a su séquito decir, sin grandes prolegómenos, que el sentido único de una mujer es ser madre.

El capítulo concluye con un posicionamiento no inocente de todo lo dicho con anterioridad: la autora deja de un lado el pudor y se despoja de cualquier retórica superflua para decirnos cuáles son sus intenciones, cuál su punto de partida epistemológico y cuál su lucha a lo largo de todos estos años como profesora universitaria y feminista. Esto nos lleva a recordar que, lejos de ser un indicio de debilidad, su discurso anterior no tiene miedo de reconocerse parcial, abierto y políticamente situado. De haber acudido a la peligrosa neutralidad para hablar de estos temas, hubiésemos sido testigos de un ejercicio de arrogancia desmedida, y de otra forma de naturalizar lo social. En su lugar, Coral Cuadrada nos ofrece la posibilidad de discutir con ella los cimientos que edifican su discurso, sin miedo. Y esto, es lo mismo que convertir la vulnerabilidad en fortaleza y sin el apoyo habitual de las relaciones de poder.

Las últimas páginas nos invitan a recorrer las luchas de las mujeres. Los colectivos feministas Cau de Llunes y Causa Morada son los responsables de guiarnos por este último capítulo, antes de desembocar en la conclusión. Que hayan sido unos colectivos de esta naturaleza y no cualquier persona o colectivo quienes lo escriban, hace justicia a la epistemología feminista defendida en las primeras páginas del libro. Conocer los tímidos pasos que acercaron a las primeras mujeres al feminismo durante los años 70 es un ejercicio genealógico del propio colectivo, un esfuerzo por recuperar la memoria que hizo posible las luchas actuales. ¿Acaso los colectivos feministas de hoy, entre los que participo, serían posibles sin el esfuerzo de todas aquellas mujeres que levantaron su voz en esas difíciles décadas? En este sentido, desgraciadamente, existe muy poca literatura que trate de rescatar el movimiento de mujeres o el feminismo que tuvo lugar en Catalunya o en el conjunto del Estado. Estoy convencido que Cau de Llunes y Causa Morada disponen hoy de una conciencia histórica de su lucha de la que no gozarían si no hubieran destinado su tiempo y esfuerzo en escribir el sexto capítulo.

La fuerza que adquirieron las asociaciones vecinales, surgidas a raíz de aquella solidaridad femenina que tenía que contar los céntimos para comprar el pan o el medicamento, que trataba de educar a los hijos e hijas y mantener el hogar en condiciones óptimas, se convirtió en un agente con voz propia y capaz de llevar las reivindicaciones que solo una sensibilidad labrada a fuerza de velar por las condiciones de vida podía elaborar. Nos referimos a las mujeres y, en particular y para esta ocasión, a las mujeres de Torreforta, quienes contrariamente a la perspectiva androcéntrica, incapaz de mirar más allá del peludo ombligo, lograron tras una efectiva acción política la visibilización de las precarias condiciones de vida y la falta de infraestructuras del barrio. Un panorama incapaz de garantizar una salud, planificación familiar, educación e incluso un ocio que fuera más allá de las paredes de las casas, es decir, del esfuerzo de las mujeres que las custodiaban. En cierto sentido podría colegirse que fueron esas mujeres las que exigieron en primera instancia una cobertura social mínima, como extensión de su trabajo y política domésticas dentro del hogar, una garantía de bienestar que luego adornarían las medallas que colgarían de las camisas de los líderes sindicales. Sin desmerecer los logros de las luchas sindicales masculinas o el de otras organizaciones de la época, resulta por lo menos oneroso que la capacidad organizativa y reivindicativa de muchas mujeres apenas quede reflejado en cualquier escrito de la izquierda intelectual cuando gasta su tinta para contarnos sus logros.

Poco tardaron los padres de familia en adueñarse de las primeras asociaciones vecinales, conocidas como *Associació de mestresses de casa*⁴, después de descubrir la fuerza que estas obtuvieron en el terreno político. Seguir creyendo que el orden político y el privado transitan caminos paralelos solo puede ser entendido como consecuencia de la dominación masculina de un tiempo o de la ginopía crónica del presente. Berta, uno de los testimonios orales, podría ser más lata pero no más clara: «ellas volvieron a casa, y ellos agarraron las riendas de toda la reivindicación del barrio».

Para aquellas personas que no tienen miedo a reconocer en las pequeñas vidas las grandes historias, para quienes tengan el valor de mirar con espíritu crítico lo cotidiano y no asumir las relaciones de poder o la desigualdad como fenómenos irremediables, este libro puede ser una buena herramienta. Aunque en algunas

4 «Asociación de amas de casa».

ocasiones, la lectora encontrará descompensada o repetitiva la contextualización de la época que ocupa las primeras páginas de cada capítulo, no podrá negar que se trata de un serio esfuerzo contra el ninguneo de la *Historia*: «Hacer historia» ya huele a sangre azul, a famoso o a militar; con libros así, hacer historia, nos devuelve la capacidad y la alegría de transformar el mundo sin naufragar en la utopía.

Bibliografía

- CUADRADA, Coral; GUTIÉRREZ, Esther (Eds.) (2014) *Les dones als orígens de Torreforta*, Tarragona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials «Guillem Oliver» del Camp.
- HARAWAY, Donna J. (1991) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1999 (traducción de Manuel Talens).
- JULIANO, Dolores (1992) *El juego de las astucias*, Madrid, Horas y horas.

Enric Olartecoechea Camprubí

(Miembro del colectivo «La Fondona» Fondo Documental Feminista, LGBTI, *Queer*)